



*El fin del PRD inició cuando comenzaron a gestionarlo solo para repartirse posiciones y recursos. Ojalá la alianza no termine en la perredización del PRI y el PAN.*

# La perredización del PRIAN

Los partidos políticos existen, dice la teoría, para competir por el poder. Pero ¿qué pasa cuando un partido se vuelve tan fuerte que sus opositores tienen muy escasa probabilidad de derrotarlo? ¿Qué sucede cuando un partido gana y gana elecciones, no tanto porque haga trampa durante la campaña o manipule los resultados de la votación, sino por la voluntad reiteradamente mayoritaria del electorado? ¿Es posible sostener que hay democracia cuando existe poca competencia? Por supuesto que sí. Democracias con un sistema de partido predominante han existido, por ejemplo, en Italia con la democracia cristiana entre 1946 y 1994, en India con el Congreso Nacional Indio entre 1947 y 1977, o en Japón con el partido Liberal Democrático entre 1955 y 1993. ¿Está México en vías de convertirse, con Morena, en otro de esos ejemplos? Es demasiado pronto para afirmarlo. Normalmente, el umbral mínimo para considerar la existencia de un sistema de partido predominante suelen ser al menos cuatro legislaturas consecutivas con mayoría de un mismo partido. A nivel federal, Morena lleva apenas solo dos, la LXIV (2018-2021) y la LXV (2021-2024).

La fuerza electoral de Morena depende de, al menos, tres factores. El primero es el liderazgo carismático de Andrés Manuel López Obrador; el segundo, la capacidad de mantener un mínimo de cohesión y unidad entre sus múltiples corrientes y figuras; y, el tercero, la debilidad de las oposiciones. En la coyuntura sucesoria hacia el 2024, el primero es un factor de incertidumbre. ¿Qué tanto poder podrá trasladarle el Presidente a quien termine asumiendo la candidatura presidencial de su partido? ¿O qué tanto control querrá o podrá seguir ejerciendo una vez que termine su sexenio? El segundo es un factor de debilidad: la disputa que enfrentará a sus distintos grupos y aspirantes no hará más que crecer y el escaso grado de institucionalidad que prevalece en Morena impide descartar escenarios de indisciplina o incluso de ruptura. Pero el tercero es, sin duda, un factor de fortaleza. Porque nada le ayuda tanto al lopezobradorismo como la falta de credibilidad de sus adversarios, especialmente del PRI, el PAN y el PRD.

No es solo la falta de diagnósticos solventes, de candidaturas atractivas o de propuestas relevantes. Es, además, la patente ineptitud de sus dirigencias para encabezar una reinvencción –ciertamente complicada pero necesaria, indispensable, para darle viabilidad política a sus respectivas organizaciones– que se haga cargo de la debacle que les significó el 2018. *¿A qué se han dedicado durante estos años Alejandro Moreno, Marko Cortés y Jesús Zambrano? ¿Qué han hecho para capitalizar el abultado catálogo de fracasos, mentiras y decepciones del gobierno en turno?*

Los magros rendimientos electorales de la alianza no corresponden con la magnitud de la inversión que las oposiciones están haciendo en ella. De hecho, a veces parece que dicha alianza hace las veces de un Pacto por México 2.0 para las dirigencias opositoras: les permite apelar a un propósito extraordinario, inscribirse en un contexto excepcional, para no hacer lo que en circunstancias normales sería lo más sano, a saber, rendir cuentas, responsabilizarse por sus derrotas y dar paso a una renovación. En 2012, la promesa y la interlocución del Pacto les brindaron un pretexto perfecto a los líderes opositores para aferrarse a sus cargos y prebendas. Ahora, de cara al 2024, ¿no están la promesa y la interlocución de la alianza cumpliendo una función equivalente? No digo que haya que descartar el proyecto de la alianza, pero sí digo que es urgente repensarlo a fondo. Para evitar, de entrada, que dote de vida política artificial a dirigentes que se han mostrado palmariamente incompetentes e incapaces de estar a la altura del desafío que tienen enfrente.

El fin del PRD comenzó cuando “Los Chuchos” se adueñaron del partido y comenzaron a gestionarlo menos con el propósito de ganar elecciones que de perpetuarse en su cúpula y repartirse posiciones y recursos incluso a costa de su propia competitividad. Ojalá que la alianza no termine desembocando en la perredización, en ese sentido, del PRI y el PAN.

